

ABRIR EL FUEGO

Bondad Famélica

Yo tengo por bien que aquellos nimios destellos de gloria que relucen como la plata caída en el fango de mi anodina vida, la vida de uno como tantos otros, intrascendente, sean al fin confesados y no se entierren conmigo en la sepultura del olvido, que fui yo quien me inventé esa historia de Santa Bárbara el día en que la princesa Isabel se apoyaba la corona en las sienes. Y sucedió de esta manera que, confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nadería que se me ocurrió esgrimir, que así de grosero es mi ingenio, terminé preso durante media vida y desconocedor de mi mayor obra. Cumplida ya mi pena, espero Vuestra Merced me huelgue y sepa ver que un chiquillo da rienda a sus fantasías sin atisbar el verdadero alcance de estas. Ya sabe, cualquier niño quisiera entretenerse introduciendo bolas de hierro en el ánimo de una bombardita, como intuye que hacen los adultos, solo por el hecho de que unas caben dentro de las otras, sin comprender el poder destructor de sus juguetes.

Sepa Vuestra Merced que yo era un pillo de aquellos que vagabundeaban en su día, ya sabe que le hablo del mil cuatrocientos y setenta y cuatro, por las orillas del Eresma y que zurcían una y otra vez, como aguja sin hilo, los innumerables arcos del acueducto. No le miento, aquí donde me ve, fácil como soy de palabra tanto en la voz como en la tinta, yo era uno de esos muchachos sucios que, por no tener oficio, no encontraban acomodo en sociedad. Advierta Vuestra Merced, que aquel trece del mes de diciembre coronaban a nuestra reina y yo, que no conocía reino ni principado, ya no recuerdo si no tenía noticia de

ello o es que consideré más apremiante aprovechar el revuelo que sacudía Segovia como una colmena caída a tierra para dedicarme a mis pequeñas pillerías, adentrándome en según qué habitaciones vacías donde supe llenarme el estómago y, de paso, los bolsillos.

Lo que resultó determinante para mi futuro y de un estimado interés para Vuestra Merced, fue lo que aconteció cuando yo salía, con las mañas de un gato callejero, de uno de aquellos hurtos infantiles sin importancia, pues pensé que cerca del bullicio sería donde más desapercibido pasaría y no andaba yo husmeando lejos de la plaza. Salía a la luz, como le cuento, por un vericuelo de ventanas, cuando vi a Isabel, la Reina, solemne entre la algarabía general. Desde mi altura, nadie estorbaba mi visión y aquello fue lo que trascendió: la imagen fantasiosa de un niño que juega a las coincidencias. ¿No le parece a Vuestra Merced como para desternillarse? Un pícaro ve a la reina con su manto rojo, recién coronada, aún en pie, pues no había subido a su caballo, y la imaginación comienza a hacer de las suyas. De pronto, recuerdo ciegamente cómo su mano izquierda portaba no un cetro, sino una espada, y en su mano derecha una copa, aunque sepa que es imposible; el oro de su corona refulge al sol como la aureola que adorna la cabeza de los santos en los retablos y las iluminaciones; el ondulado movimiento de un estandarte amarillo se convierte a mis ojos en un rayo que ilumina el cielo y la torre de la iglesia de San Miguel, que tiene solamente dos ventanas por lado, desde aquella perspectiva, mostraba tres. No pude contenerme: señalé en su dirección y exclamé «¡Santa Bárbara!», delatando mi posición de bribonzuelo aprovechado, de ladrón de pan sin dientes y otras bagatelas a las autoridades que pronto me dieron alcance.

Ah, pero Vuestra Merced lo sabe, el daño ya estaba hecho. Tras mi grito, inmediatamente después de que yo identificase a nuestra reina con la idéntica imagen de Santa Bárbara, comenzaron las explosiones. Como si estuvieran obedeciendo una orden dada por mí, se abrió el fuego. Dentro de la celebración y el jolgorio, con luz y ruido, como a la gente le gusta, con alegría estruendosa, comenzó a estallar la pólvora. Mi grito se

asoció inmediatamente con los disparos de la artillería y estableció un vínculo en las mentes de quienes lo oyeron, imagino, esa es toda mi contribución, la marca indeleble que dejo en la Historia, mi aportación a la construcción de nuestra inmensa cultura católica.

Mi premio fue recibir una paliza allí mismo y una nueva tunda antes de dar con mis huesos en un calabozo oscuro y frío que yo ya me conocía, pero del que aquella vez me costó más tiempo escapar, por lo que yo, recluido como estuve algunos años, desterrado algunos otros, no supe que mi acto inocente y, se lo reconozco, estúpido, había cambiado el curso de los acontecimientos. No sería consciente hasta alcanzar la edad adulta, ya de vuelta en Castilla, el primer cuatro de diciembre que gocé de esa libertad, cuando escuché de nuevo la combustión de la pólvora, a lo cual uno se acostumbra dependiendo de los modelos de vida que elija llevar, y yo estaba acostumbrado, pero me sorprendieron los gritos. Se escuchaban «¡Viva Santa Bárbara, viva!» dispersos, lanzados al aire después de cada detonación. Quedé tocado hasta el tuétano de los huesos. «¡Es nuestra patrona! ¡A celebrarla!», me contestó un capitán al que pude preguntarle en medio del estruendo.

Vuestra Merced se sentirá defraudado. Acudió a mí con cierta esperanza de oír una historia más cierta o verosímil y se encuentra con las palabras de un loco, de un sucio pendenciero que, creerá, se está inventando una fábula con la que darse cierta importancia. Un embustero o un pobre loco llevado por su vanidad. Es la fama que tengo, lo sé, entre las gentes que compartieron conmigo un trago de vino en esta tierra. Lo cierto es que me avergüenza, si me permite que haga de Vuestra Merced un confidente. Me gustaría ocultar la verdad, ocultar que mi trascendencia en este mundo, en este país, en esta ciudad austera, se limita a una fantasía infantil que poco tiene que ver con las obras de mi ingenio, pero así ocurre, eso he aprendido con el paso de los años, que a menudo nuestros actos más banales son aquellos que más nos representan.